

*Arturo Oropeza García**

Del porvenir y otras especulaciones

“El ser humano es el único de los seres vivos que sabe que hay futuro. Si los humanos se preocupan y esperan es porque sabe que el futuro existe, que éste puede ser mejor o peor y que eso depende en alguna medida de ellos”.
(Innerarity, 2009, pág. 11).

I.

Al revisar la realidad política, económica y social del país resulta imposible no preguntarnos ¿qué paso en México con el futuro?; ¿en qué momento esta categoría del tiempo desapareció de la agenda nacional? desde cuándo el agobio del presente nos nubla el porvenir? Todas estas preguntas y muchas más que se derivan de ella, nos llevan a un punto de partida que intenta registrar el momento en que el país perdió la preocupación del futuro como un destino mejor para la mayoría de sus habitantes; del tiempo en que nos atrapó la inmediatez y un presente infinito que parece no terminar nunca.

Sobre el futuro de la sociedad global comenta Innerarity “A partir de los años setenta del pasado siglo el futuro se introdujo en nuestra agenda, pero

* Doctor en Derecho e Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Arbitro No-Nacional por parte de Brasil dentro del mecanismo de Solución de Controversias del MERCOSUR. Autor de diversas obras sobre Derecho Económico e Integración Económica.

menos como ámbito de configuración que como realidad problemática: irrumpen los límites del crecimiento, las sombrías perspectivas ecológicas, se tematiza el riesgo; se instala la crisis de la idea del progreso. Los ciudadanos se sienten escépticos ante los llamamientos a avanzar hacia horizontes no inmediatos y los políticos siguen cómodamente ese juego” (Innerarity, 2009, pág. 12). Pareciera de pronto, atendiendo a Innerarity, que nuestro déficit de futuro tiene el consuelo de ser parte de un desencanto colectivo, lo cual nos exonera de toda responsabilidad, al ser pasajeros de una nave colectiva de futuro incierto. Sin embargo, al intentar una segunda mirada, pareciera que nuestras preocupaciones no han llegado aún a ese nivel de empatamiento global, y que por el contrario, sumidos en su propio laberinto, nuestros problemas gravitan todavía alrededor de limitaciones locales que bloquean el paso a otro tipo de preocupaciones de orden mundial.

Junto con el extravío de rumbo, pareciera también que el país perdió la conciencia de su capacidad de asumirse como un actor con el potencial de ser merecedor de mejores resultados en todos sus ámbitos, así como de mantener el respeto de sus contemporáneos en el concierto global. Desde luego, aquí no se trata de reincidir en la polémica ancestral sobre el mexicano y su laberinto de soledad. Es algo más simple y terrenal; es el momento en que se perdió la capacidad de crecer económicamente de manera sostenida, de mejorar la distribución del ingreso, de mantener la calidad y la cobertura de la política social; de brindar seguridad pública a la población, de no perder el respeto que tanto había costado ganar entre los vecinos del barrio regional y de los demás actores del mundo. Es algo más presente, más cotidiano. Es la satisfacción de saber que se vive en un país que a pesar de sus carencias tiene rumbo, tiene objetivos, tiene Estado de Derecho, respeto de sí mismo, que ofrece seguridad y que poco a poco va mejorando la vida económica y social de sus habitantes.

Ante esta pérdida de brújula, de conciencia sobre el porvenir, el paisaje nacional se vuelve desolador, porque en el día a día la discusión por el futuro se ha substituido por el debate de un presente que no alcanza; de un presente que ancla a toda una nación en la defensa de un proyecto cuyos buenos resultados no acaban de llegar; que promueve la preservación de un interés que no es colectivo. Este presente también se defiende porque da miedo lo que sigue; porque se le tiene temor a la obscuridad de un futuro que no se atina a vislumbrar, o peor aún, porque el interés de pocos demanda que no hay nada que cambiar, porque desea que el hoy sea eterno, porque cree que el mejor futuro es el presente. Mientras más vueltas se le da a este tiempo infinito, inacabado, la degradación nacional se sigue instalando en el espacio del futuro.

Nos olvidamos del porvenir porque aun no resolvemos el presente. Porque nos agobia el presente es que no podemos pensar en el porvenir. Pareciera que a veces nos agota el día a día y nuestro futuro más lejano es la noticia periodística del día siguiente; la cual es el termómetro que nos dice si el país va mal o peor; si sobrevivimos a la violencia de la noche; si nuestra capacidad de asombro tendrá un límite; si el fallo político en algún momento encontrará medida; todo ello dentro de un breve espacio que inicia un lunes y termina el viernes; en una inercia de sobrevivencia política, económica y social que apuesta a una solución milagrosa que no conoce, pero que espera que llegue en cualquier momento como un acto de resurrección en el que todo comience de nuevo y se acabe el laberinto del presente incierto. A veces parece que nosotros no renunciamos al futuro sino que el futuro nos olvidó.

Cuando empezamos a conformarnos con los sobrantes del presente; cuando empezamos a justificar lo que se hacía mal; cuando permitimos que la corrupción sustituyera al mérito; cuando empezamos a llenar nuestras puertas con más y más candados para que no entrara la violencia, renunciamos al futuro y le cerramos la puerta al porvenir. Cuando se puso el destino político en manos de la democracia y se confundió con la alternancia; cuando se puso la suerte económica de más de cien millones de mexicanos en un ente ciego como el mercado; cuando a ambas instancias se les responsabilizó del porvenir, el país abandonó el timón de un barco que a falta de rumbo ha venido encallando en el mar de su circunstancia. Perdimos al futuro cuando en una gestión equivocada del presente deslindamos nuestra responsabilidad política y económica en un proyecto de democracia y mercado, a los que les adjudicamos vida propia y los responsabilizamos de nuestra suerte. Desde luego la democracia y el mercado no han fallado, lo que falló fue la idea milagrosa de dichos proyectos; la percepción equivocada de que solo bastaba elegirlos e instalarse en ellos para que nos condujeran con éxito al mundo de la estabilidad política y el desarrollo económico del futuro.

La desilusión de la democracia en México no es privativa del país; en su percepción más amplia forma parte de un desencanto mundial derivado de la falta de resultados políticos, económicos y sociales. Nos dice Pedro Salazar que “La consolidación de las democracias constitucionales es incierta. Al menos la imagen del presente ofrece más ambigüedades que certezas. No porque existan abiertamente modelos o paradigmas alternativos sino porque, desde su interior, los estados democráticos y constitucionales han fallado en sus promesas estratégicas: representación, transparencia, igualdad política y social, educación ciudadana, etcétera. De alguna manera –para jugar con la metáfora de Huntington– podemos decir que el oleaje democrático llegó, se expandió, ganó terreno y aho-

ra, como si se tratara de una inercia inevitable, ha comenzado a replegarse. Tal vez se trata –ojalá– de un repliegue pasajero pero, por el momento, está descubriendo parcelas importantes del terreno que hasta hace muy poco cubría” (Salazar Ugarte, en Oropeza, 2012, pág. 128). Sin embargo, nuestra crisis democrática, a pesar de coincidir en el tiempo con una ola global de indignación y desencanto, guarda una identidad propia de insuficiencia que la diferencia con los otros esquemas de incumplimiento político. Nuestro problema no se refiere únicamente a la falta de proyecto; transita antes por una larga lista de temas pendientes como la insatisfacción con lo realizado por los partidos políticos, los diferentes órganos legislativos, los jueces de todas las instancias; las nuevas figuras e instituciones políticas como los institutos electorales; los institutos de transparencia; los nuevos órganos autónomos, etc., y desde luego, con lo actuado por los propios gobiernos estatales y el gobierno federal. En ese sentido el desencanto es integral y la indignación no reconoce límites.

El país viene de una larga marcha política de reivindicación que en sus diferentes etapas y tiempos ha buscado por diversos medios la construcción de un Estado de Derecho. En la segunda mitad del siglo pasado, este esfuerzo se vio reforzado con el propósito de alcanzar una vida democrática que preservara al país del autoritarismo y la exclusión política. En el año 2000, hasta las conciencias más precavidas creyeron que el momento había llegado, y que en la alternancia se continuaría con una etapa de ajuste político donde todo vendría mejor. A la luz de los hechos pareciera que hubo una confusión, en la que se creyó que la democracia era la alternancia y que la alternancia era la democracia; que el proceso en su parte central se había agotado y que habría que sentarse a celebrar la llegada de una sociedad y un gobierno que llegados a la madurez política, sabrían con habilidad y eficiencia hacerse cargo del futuro nacional. Es evidente que hubo una confusión y que después de un esfuerzo de siglos, en la ilusión de la alternancia se creyó que en automático la mayoría de los actores políticos se vestirían de demócratas, cuando la realidad descubrió que si bien había un principio de democracia, no había demócratas. Que lo que había en su lugar eran intereses desbordados a los cuales les importaba poco la democracia y el futuro nacional y que entonces, en medio del agobio, volvía a retarse al país a la *hiperinstitucionalización* de una reforma política infinita, nunca acabada, a la que se le condenaba a vagar en el reino del presente eterno, en un tiempo que no toca fondo; en un limbo donde habita el privilegio de unos cuantos y no existe la palabra porvenir. Política y gobierno, en un juego de incapacidades y perversiones, secuestraron al futuro del Estado, declarándolo rehén de un presente que renunciando a su conjugación, se niega a concluir.

Como consecuencia de lo anterior no resulta extraño encontrar a México, junto con Guatemala, como los países con más baja satisfacción democrática en América Latina. De igual modo, tampoco sorprende que México le reconozca a la democracia un pobre resultado en la tarea de la justa distribución de la riqueza (24%) y en la protección contra al crimen (32%) o que le tenga poca confianza a su gobierno (31%), encontrándose esta medición solo por arriba de Honduras, la República Dominicana y Guatemala. Los partidos políticos se encuentran en la última escala de su credibilidad (22%). En síntesis, que ante la decepción de la *democracia* (37%) la población manifiesta que le da lo mismo un régimen democrático que uno autoritario y un 14% prefiere este último (Latinobarómetro, 2015).

En realidad no se necesita recurrir a los datos estadísticos para demostrar el desencanto generalizado con el proceso democrático; basta con percibir el clima de una sociedad que no acaba de entender como su sueño se convirtió en pesadilla. Procesos políticos caros; instituciones inoperantes; trabajo legislativo lento; falta de visión de futuro; desarrollismo institucional; desarrollismo jurídico; corrupción e impunidad política; organismos autónomos que no operan; todo ello en el marco de una inseguridad pública geométrica y una insuficiencia económica.

Cuando se creyó que ya se había llegado, justo apenas todo comenzaba. *El cascarón* institucional de la democracia requería de políticos y de votantes que se convirtieran en demócratas y ciudadanos; que aprendieran que la democracia no era mágica y que requería del compromiso y de la cultura política que la hicieran funcionar; que como decía Octavio Paz “La democracia es una idea pero asimismo es una cultura y una práctica, un aprendizaje. Triunfa allí donde se convierte en costumbre y segunda naturaleza” (Paz, 1998).

Por eso nuestra crisis política todavía no comulga con otras *indignaciones*, a pesar de que en los resultados pudiera haber una coincidencia con la insatisfacción. Sin embargo, mientras en otras democracias su problema es la forma de encarar el futuro, en México todavía nos enredamos con los hilos del presente.

En este sentido, la política ha sido uno de los principales enemigos del porvenir. En los hechos, en los últimos tiempos se ha convertido en un obstáculo del futuro nacional. A veces pareciera, por la profundidad de sus expresiones, que la problemática política ha escalado en su descomposición a niveles de un fuerte quebranto ético, más allá del que le es propio a todo cuerpo político. Por ello tal vez habría que aceptar que la falla democrática no solo se refiere a la arquitectura institucional, que no solo es un problema de “Hardware” democrático. Lamentablemente, junto con ello se ha incubado un clima político decadente que nace desde las diferentes fuentes del poder y se expande hacia toda la es-

estructura social, generando un fenómeno de corrosión que lo mismo se encuentra en los núcleos políticos que, a fuerza del tiempo, también ha invadido a una buena parte del cuerpo social.

En este breve trabajo no tiene sentido establecer cual descomposición fue primero, si la política o la social. Basta evidenciar que ambas se alimentan en la actualidad de manera simbiótica, dificultando las salidas de futuro del país; convirtiéndose incluso en verdaderos obstáculos para que esto suceda. Innerarity nos recuerda algo que se olvidó en México, que las políticas públicas “también tienen las función de afirmar valores y dar cuerpo a las aspiraciones públicas, de ser vectores de movilización social, de mantener una imagen de la vida buena común, de hacer legible la visión de conjunto, de organizar la compatibilidad y facilitar que las responsabilidades sean todo lo visibles que se pueda” (Innerarity, 2009, pág. 130).

La transición, en este sentido, olvidó que el problema de la democracia no era tan solo un problema de estructuras, de *ingeniería* jurídica, de alternancia. Que en el marco de una posmodernidad, hipermodernidad, o como vaya finalmente a etiquetarse la desbocada etapa que vivimos, no podía omitirse la inversión en valores sociales. Nadie puede sostener una tesis de moral social rebasada, pero como señala Lipovetsky “Es verdad que la preocupación ética no se vive ya, como en el pasado, según la lógica del deber y el sacrificio, y que debe pensarse bajo la forma de una moral indolora, optativa, que funcione más movida por emociones que por obligación o por sanción y que se adapte a los nuevos valores de la autonomía individualista. Pero esta fase posmoralista que caracteriza hoy a nuestras sociedades no supone la desaparición de todo valor ético. Aun cuando el sacerdocio del deber y los tabúes victorianos hayan caducado, aparecen nuevas regulaciones, se recomponen prohibiciones, se reinscriben valores que ofrecen la imagen de una sociedad sin relación con la descrita por los despreciadores de la “permisividad generalizada”. La liturgia del deber desgarrador no tiene ya terreno social, pero las costumbres no se hunden en la anarquía; el bienestar y los placeres están magnificados, pero la sociedad civil está ávida de orden y moderación; los derechos subjetivos gobiernan nuestra cultura, pero no todo está permitido”. Agregando finalmente: “Como se ve, posmoralidad no es sinónimo de inmoralidad” (Lipovetsky, 2008, págs. 40-41).

La convivencia política se ha enredado en una trampa de presente infinito; en una reforma política eterna con fuertes aderezos de corrupción y explosiones de inseguridad. Al mismo tiempo, la realidad social transita entre la insatisfacción del trabajo político y su visible corrupción, tropezando todos los días con los miles de muertos que este vacío ha producido. Una buena parte de la sociedad deambula sin sentido dentro de la competencia de las ocho colum-

nas entre osamentas que ruedan por doquier. Camina, a veces desolada, una sociedad *no inocente*, que no quiere que llegue la noche porque teme a la oscuridad. Se mezcla, entonces, una perversa combinación de falta de futuro, acompañada por una procesión de ruidos, guarderías incendiadas, secuestros infinitos, muchachos desaparecidos, linchamiento de *inocentes*, derechos de piso, impunidad delictiva, los cuales son tan solo algunos de los signos de una preocupación social que no entiende las fronteras académicas entre un estado de Derecho y un Estado Fallido. Para ella, ante el pozo de su frustración y frente a la pública expresión de la violencia nacional, lo único que sabe es que el Estado, el gobierno en todos sus niveles, le ha fallado en el otorgamiento de sus derechos más antiguos de preservación de su vida y de su seguridad.

Bajo este marco general al ciudadano común se le olvida la política y la democracia y no le queda más espacio que la administración de sus miedos y la sobrevivencia de él y su familia; y cuando le preguntan cuál es su mayor preocupación, responde que la delincuencia y la seguridad pública (73%); y de manera directa denuncia que la democracia no le ha servido para aquello que más le preocupa. Y aquí tampoco importa, salvo para los académicos, cual fue la bitácora de la desviación de una victoria democrática que se convirtió en derrota; y una crisis política que ha llevado al país a una “descivilización” o “despacificación” de la vida nacional; complicando la naturaleza del problema y desde luego su posible solución.

Cada vez que hay una explosión política o de falta de seguridad, se le agrega un nuevo piso al edificio institucional. Sin embargo, el conflicto que se enfrenta ahora no corresponde tan solo a un problema político o de déficit democrático; es también ya un proceso de descomposición social y política que ha contaminado a la sociedad en su conjunto, el cual no podrá resolverse solamente con más alternancia o mejores instituciones. El problema político, ante su falta de solución, escaló a un rango en el cual estamos inaugurando “Una cuarta fase propiamente “descivilizatoria” en la cual se produce una intensificación de la violencia entre los individuales, los grupos sociales, las comunidades y los estados- nación, con el consecuente debilitamiento de la estabilidad y consistencia en las relaciones sociales”, lo cual va acompañado del “colapso de las instituciones públicas, el reemplazamiento del “nido de seguridad social” del estado de bienestar y la agudización de las crisis económicas” (Zabludovsky Gina en Elias Norberto, 2011, págs. 22-23).

Pareciera entonces, que además de tener un problema político, ahora también padecemos una caída del proceso civilizatorio del país. Mientras se escenificaba la lucha por el poder en todas sus vertientes, el Estado y la sociedad fueron perdiendo sus principales atributos. Mientras crecía sin medida la batalla

política, el Estado corrompió el monopolio de la violencia física, y una buena parte de la sociedad que no quiso verse ausente en la lucha del botín nacional, fue perdiendo sus cualidades de autocontención y corresponsabilidad social, a fin de facilitar su entrada. Al final nadie ha ganado, aunque haya ganado mucho, y por el contrario, todos hemos perdido.

El problema político escaló a civilizatorio y de ese tamaño tendrán que ser las nuevas respuestas de su posible solución. Los arquitectos del andamiaje político deberán invertir fuertemente en la educación democrática y autocorrectiva de una parte importante de la sociedad que ha cambiado su estatus de fedataria de la descomposición política y social del país a personaje protagónico de la misma.

La pérdida de la virtud cívica; de la autocontención, de la ética laica, son algunos ejemplos de esta degradación, donde sin ser correcto generalizar, ya puede hablarse a nivel nacional de una fuerte descomposición de los diversos cuerpos sociales, los cuales registran un escaso cumplimiento de la ley (5.6% en escala del 1 al 10), porque perciben que el actor que menos cumple la ley es el gobierno (4.8%). Porque el 50% estima que las leyes benefician a los delincuentes; el 35% piensa que si un delincuente tiene dinero podrá ser declarado inocente; que solo el 23% cree que si es acusado de un delito será tratado con justicia por las autoridades; porque solo el 10% considera que las leyes en México se aplican a todos por igual (Parametria, 2006).

Nos ofende la política y nos preocupa la inseguridad y la degradación social. Sin embargo, esos sentimientos están siendo sustituidos poco a poco por un miedo irracional que no sabemos cómo explicarlo, pero que entendemos que se deriva de nuestro presente secuestrado y de nuestra ausencia de futuro. Sobre este sentimiento señala Baumman "El miedo constituye, posiblemente, el más siniestro de los múltiples demonios que anidan en las sociedades abiertas de nuestra época. Pero son la inseguridad del presente y la incertidumbre sobre el futuro las que incuban y crían nuestros temores más importantes e insoportables" (Baumman, 2010, pág. 166). El miedo es más terrible -sigue diciendo Baumman- cuando es difuso, disperso, poco claro; cuando flota libre, sin vínculos, sin anclas, sin hogar ni causa nítidos; cuando nos ronda sin ton ni son; cuando la amenaza que deberíamos temer puede ser entrevista en todas partes, pero resulta imposible de ver en ningún lugar concreto". No obstante, aclara "En el momento en el que averiguamos de donde procede esa amenaza, sabemos también que podemos hacer (si es que podemos hacer algo) para repararla o, cuando menos, adquirimos conciencia de lo limitada que es nuestra capacidad para salir indemne de su ataque y de la clase de pérdida, lesión, o dolor que tenemos que aceptar" (Baumman, 2010, págs. 9-10).

Identificar y resolver los epicentros de la crisis política-inseguridad-des-civilización, resultarán entonces de la mayor relevancia para una recuperación del porvenir.

II.

Respecto al tema del mercado y del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), Octavio Paz advertía “El mercado no tiene dirección: su fin es producir y consumir. Es un mecanismo y los mecanismo son ciegos. Convertir a un mecanismo en el eje y el motor de la sociedad es una gigantesca aberración política y social. El triunfo del mercado es el triunfo del nihilismo. Su resultado está a la vista; la masificación de los individuos y los pueblos”. (Paz, 1998, pág. 235). Y para no dejar duda sobre su visión del mercado abundaba “El mercado es un mecanismo eficaz pero, como todos los mecanismos, no tiene conciencia y tampoco misericordia...” (Santi Enrico, 2009, pág. 61). Cuando se le inquiría sobre el nihilismo del mercado, Paz agregaba “Los antiguos proyectos han desaparecido, han fallado. Hay que pensar todo de nuevo. Y hay que pensarlo entre todos” (Paz, 1998, pág. 235). No obstante de contar con esta y otras advertencias de no incurrir en la “aberración política y social” de dejar el futuro económico del país en manos de un “mecanismo ciego” como el Mercado, la política nacional hipotecó su responsabilidad en una estrategia ortodoxa del desarrollo, y de manera particular, en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

El modelo económico actual de México es parte de un proyecto que a finales de los ochenta se estimó como el más benéfico para el desarrollo del país y el que podría conducirlo a los niveles de bienestar de una nación desarrollada. El TLCAN, pensado a fines de los ochenta e instrumentado a principios de los noventa, se pensó como la columna vertebral de ese impulso hacia el primer mundo; como un paso lógico que se fundamentó en las recomendaciones técnico-dogmáticas de la época (Consenso de Washington) y en la oportunidad geográfica de estar cerca del mercado más grande del mundo. El planteamiento no carecía de lógica, pero en el marco de la euforia de su instrumentación, se cayó en la trampa de confundir una parte con el todo, y en convertir a una estrategia pública en un acto de fé que llevó a orientar no solo la vida comercial y económica del país hacia una dependencia del dogma; sino que también contaminó la vida política y la relación internacional de México; haciendo de un simple Tratado, por importante que fuera, la piedra filosofal en la cual había que abreviar para encontrar las respuestas a nuestra vida económica diaria, y de ma-

nera más importante, de nuestro futuro.

Como consecuencia de lo anterior, la ya histórica dependencia con Estados Unidos se llevó a niveles extremos, donde la capacidad de maniobra del país se vio presa de una inmovilidad que solo respondía a la visión, objetivos, o incluso intereses del país norteamericano. La economía, la actividad pública, la política internacional, el comercio, la vida académica, la visión empresarial, etc., fueron muchas de las actividades del acontecer nacional que se vieron reducidas a una sola visión y a un solo evangelio en el cual se debían encontrar todas las respuestas. Como todo lo sagrado, si algo no salía bien, no era culpa de las escrituras, sino del que las interpretaba; lo cual lamentablemente sigue siendo *válido* hasta la fecha; y de igual modo, como todo lo sagrado, el TLCAN no se podía tocar, no se podía revisar, porque el que lo hiciera se convertiría en piedra.* De este modo, en México, el TLCAN se alejó de su naturaleza original de ser una estrategia complementaria del desarrollo con virtudes y debilidades, en todo momento revisable; para convertirse en un dogma bajo cuyo halo el país ha tenido que ir sumando año tras año más descalabros que beneficios; al mismo tiempo que un mundo global que no existía en 1994 ha ido transformando el entorno, y un socio otrora omnipresente y poderoso, con el cual se hipotecó el futuro, actualmente lucha en todos sus frentes por rescatar su propia salud económica, política y social.

Bajo esta óptica resulta imposible ver al TLCAN bajo la sola línea del comercio, porque en esta concepción amplia, el TLCAN ha sido la herramienta principal con la que se construyó la visión de un país mejor. Es la estrategia que se siguió para apuntalar un modelo de desarrollo de libre mercado a ultranza, que priorizó al mercado y redujo al Estado a su mínima expresión. Es el mecanismo jurídico-comercial a través del cual se apostó por un mayor comercio a fin de lograr resultados económicos y sociales que hicieran de México un país exitoso. Fue también, de manera importante, la herramienta que se privilegió frente a otras alternativas para que el país abandonara su zona de subdesarrollo y pobreza y pudiera convertirse en una nación desarrollada. Fue por último, el olvido de un mundo global que tocaba a la puerta, pero al que nunca se le abrió, pensando que la *sociedad comercial* en términos de dependencia con Estados Unidos y Canadá a través del TLCAN nos llevaría a un futuro mejor.

* Como se sabe, esta dogmática de la no revisión y del no cambio del TLCAN, fue modificada por Estados Unidos ante la nueva propuesta del Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP), el cual se firmó en febrero de 2016.

Aunado a lo anterior, el modelo de desarrollo de México y su política de comercio exterior, basados en la apertura total del mercado nacional y en la firma indiscriminada de Tratados de Libre Comercio (TLC's), han tenido como principal error tomar como axioma el fundamento de las tesis de que el Estado debería aparecer como un convidado de piedra frente a su acontecer económico y comercial, y que su actividad debería reducirse al papel de un simple facilitador de operaciones. Que a mayor apertura habría de manera automática más desarrollo; y que a mayor número de TLC's habría más crecimiento, empleo y bienestar. La consecuencia de apostar a este paradigma, además de no haber generado los resultados esperados, redundó en una serie de limitaciones para la política económica nacional, los cuales han evitado que México pueda tener un mayor margen de maniobra para lograr un mejor desempeño comercial y económico con el mundo.

Una de las consecuencias negativas más relevantes que ha tenido para México el estatus anterior, como ya se apuntó, ha sido el error de confundir su política comercial de apertura y firma de TLC's con su modelo integral de desarrollo; y que enredado en este juego de espejos, los últimos veinte años haya renunciado como Estado a emprender, junto con sus actores económicos públicos y privados, el desarrollo de su campo, su industria o de sus servicios. Al pensarlo así, al actuar en consecuencia, lo que ha generado es una ausencia de la responsabilidad del Estado en el acompañamiento del desarrollo integral de sus sectores económicos, dejándolos a la fuerza de una corriente ciega e invisible que actores comerciales externos menos ingenuos y más realistas se han encargado de orientar en su favor. Ha originado también que en aras de esta teoría del comercio virginal, año con año se sigan ampliando las facilidades para que ese paradigma de dejar hacer-dejar pasar siga floreciendo, en espera de que una *mayor radicalización* de sus postulados logren finalmente obtener los resultados económicos que se pretenden y que no se han obtenido. Ha provocado de igual modo una inexplicable ausencia de culpa sobre la mala conducción económica del país, ya que al confiar sus resultados al *destino* del mercado; si estos no se dan de la manera deseada, no resultan imputables a los actores públicos responsables, sino a las fuerzas endógenas y exógenas económicas que no están operando conforme a lo esperado; o peor aún, a que todavía falta abrir más las puertas económicas del país a fin de que entre el desarrollo. Con base a este modelo económico se diluye de igual modo el trabajo y la responsabilidad de realizar un ejercicio de prospectiva sobre el futuro respecto de lo que pueda pasar en materia económica y comercial los próximos 10 o 20 años, porque bajo el esquema normativo de apertura de mercados y de TLC's, hay que esperar al final de cada año para saber el resultado de sus designios. Por esta razón, hemos extra-

viado el porvenir económico y el país no cuenta actualmente con una brújula o una agenda que pueda decirle cuál será su desarrollo para 2020 o 2030 etc.; ni en qué sectores o campos se concentrará el futuro económico-comercial agrícola, industrial o tecnológico del país. Ante estos hechos pareciera que la economía mexicana no ha logrado reponerse de la última etapa de su desarrollo estabilizador, donde la figura del Estado Interventor, al final del periodo, le ocasionaron múltiples desastros; y ante este fantasma, olvida el éxito logrado por la fórmula Estado-Mercado-Sociedad durante la mayor parte de ese periodo; y que por otro lado, la corrección de una mala práctica del Estado en la economía no se resuelve con su ausencia o eliminación, sino con una participación responsable, inteligente y democrática.

México ha apostado su modelo de desarrollo a su política comercial con el exterior y ésta a su vez la ha hipotecado con el TLCAN. En un acto de plena renuncia al futuro, esta política está decidida a prolongarse a través de la posible firma del TPP, en una confusión de estrategias donde se ha perdido la claridad de dónde empieza y termina cada una de ellas. Sin embargo, esta confusión ha derivado en una larga auto imposición de limitaciones y de resultados económicos insuficientes que le han restado futuro al país y le han precarizado su presente. Un país que de 1982 a la fecha pierde el 80% de su industria nacional; que carece de actores económicos y de oferta exportable nacional que llevar a otros países; una nación que importa el 80% aproximadamente de los bienes que reexporta; que concentra el 80% de su exportación en un número aproximado de 400 empresas mayoritariamente extranjeras; un Estado que renuncia a su responsabilidad con sus sectores económicos nacionales, no podrá incrementar su oferta exportable hacia otros mercados. Un país que pierde en su comercio de manera inveterada; que no cuenta con una política industrial; que no la cree necesaria; que no cuenta con una estrategia de mediano y largo plazo para desarrollar a sus empresas y a sus diferentes sectores económicos, no podrá contar con una mayor cantidad de productos que ofrecer a otros mercados; y por el contrario, la facilitación internacional que siga construyendo para el intercambio de bienes, simplemente será una herramienta que como un bumerang se regresará contra sus propios intereses económicos; como ha estado sucediendo en México desde hace más de 30 años, donde se ha estado pagando un costo-país muy alto por construir los puentes antes de tener quien pudiera cruzarlos; o peor aún, al ir aniquilando poco a poco a quienes podían haberlo hecho.

Los resultados económicos y sociales de todo lo anterior, como se sabe, de ninguna manera han sido los esperados; y por otro lado, los costos internos y externos de apostar el futuro del país a una paradigma que se ha vuelto sagrado e insuficiente, han sido superiores en términos de pobreza (45%); pobreza extre-

ma (18%); pérdida de la industria nacional (80%); desempleo (8.7 millones de empleos no creados de 1993 a 2010); informalidad (60%), bajo salario (pérdida del 34% del poder adquisitivo de 1995 a 2008); fenómenos y consecuencias de las cuales no puede hablarse por separado (INEGI, ENOE, CONEVAL, COMCE, Calva, 2010). Por otro lado, si bien al TLCAN no pueden atribuírsele de manera directa todos los descabros; la matriz TLCAN que se integra con el modelo de desarrollo y la estrategia comercial del país, si lo son, en la medida que han confundido a este Tratado de manera equivocada con una política integral de crecimiento de naturaleza inmutable; a la que no obstante la clara prueba de la insuficiencia de sus resultados, y de la pérdida de vigencia de sus postulados, ante el éxito asiático, al día de hoy se sigue con el proyecto de llevarla hasta sus últimas consecuencias a través del TPP, en un arrebato dogmático irresponsable al que no le importa seguir sacrificando a los actores e intereses nacionales, en el marco de un *éxito* que paradójicamente ha convertido al país en un *gran* exportador de importaciones.

III.

El hueco dejado por la falta de imaginación del futuro nos vuelve a recordar Innerarity lo ha llenado la preocupación del instante; donde no se prepara el futuro, la política se limita a tramitar el presente; agregando que en una inercia contemporánea, la adaptación incesante al cambio que se nos exige, se vive conforme a una lógica de la supervivencia y no de la esperanza (Innerarity, 2009, pág. 15). De manera enfática sobre las consecuencias de no administrar el futuro adecuadamente agrega “Hipotecamos socialmente el tiempo futuro y ejercemos sobre las generaciones venideras una verdadera expropiación temporal”. Sentenciando al final “Hemos convertido al futuro en el basurero del presente” (Innerarity, 2009, pág. 15).

En el caso de México como ya se indicó, se olvidó el futuro porque no se ha acabado de resolver el presente; porque se ha estado apostando a la sobrevivencia más que a la esperanza. La inmediatez de sus preocupaciones políticas, económicas y sociales en el marco de su insatisfacción, no le han dado al país la oportunidad de preocuparse por su porvenir. En el agobio del día a día, se vive, una improvisada e insuficiente gestión de sus problemas actuales, y un olvido de su tiempo futuro.

Cada día mueren en el país 23 personas a causa de la desnutrición y otras deficiencias nutricionales (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2011); de

2010 a 2012 se agregaron medio millón de personas a la línea de pobreza, para sumar un total de 53.3 millones de pobres (45.5%), con el agravante que otro 34.8% de la población está ubicada en la línea de vulnerabilidad, o sea, que son fuertes candidatos para integrarse a la pobreza nacional (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL)); los jóvenes entre 15 y 29 años que no tienen trabajo ni escuela (Ninis), según la OCDE, de un 20% en el 2011, para la evaluación de 2012 subieron al 24.4%; de 2008 a 2012, el salario medio real cayó 0.15% anual promedio (CEPAL), lo cual se sumó a su pérdida acumulada del 75% de 1980 a 2010 (Calva, 2012); en los últimos años, 2 de cada 3 empleos que se generan van al mercado informal, el cual se ha convertido en el almacén donde se acumulan los *sobrantes* de un modelo económico insuficiente, que ya ha generado que el 65% de la Población Económicamente Activa (29.8 millones de personas) encuentre en este sector una respuesta parcial a sus necesidades (A regional 2012).

Lo anterior nos habla de una falta estratégica y conceptual de futuro del país; pero más aún, nos evidencia la ausencia de un presente satisfactorio para millones de mexicanos; del fracaso de la política por crear un modelo económico sustentable; de un intento fallido del Estado en el cumplimiento de dotar de seguridad y bienestar económico a sus gobernados.

Desde luego que hay un mérito rescatable y un avance en algunos campos que no puede negarse. El problema es que no es suficiente, y al día de hoy tampoco resulta útil para justificarle a las miles de víctimas de la inseguridad la naturaleza de su tragedia; ni a los millones de pobres las causas de su deterioro. Mientras no se recuperen los mínimos sustentables, la política, el Estado y la sociedad civil, no tendrán lugar para la autocomplacencia ni para el reposo. Máxime en un mundo que en toda la primera mitad del siglo estará luchando por su desarrollo y bienestar.

Cuando en algún momento nos liberemos del secuestro de nuestro presente y tengamos la oportunidad de atisbar al futuro; muy probablemente nos daremos cuenta de lo delicado de la falta de nuestra anticipación. Cuando seamos contemporáneos a otras naciones, ya no en los niveles de desarrollo, sino en la toma de conciencia del futuro que viene, apreciaremos con no poca sorpresa de lo valioso del tiempo perdido en la construcción de ese puente sólido que pudiera conducir al país entre las antípodas de su conjugación; el cual a lo largo del siglo XXI no será un camino fácil ni amable.

El tiempo apremia, dice Baumann, al mismo tiempo que prefigura algunas líneas no muy alegres de los retos del porvenir "...a nuestros jóvenes les espera un brusco despertar..." "El mundo de severas y rigurosas condiciones, de escasez y de austeridad forzada, de tiempos turbulentos en los que "abandonar" no es una solución posible, es para la gran mayoría de estos jóvenes un lugar com-

pletamente extraño; un lugar en el que jamás habían estado, o tal vez donde habían estado pero en el que nunca se habían planteado, seriamente establecerse, un lugar completamente misterioso al que sólo podrían acostumbrarse mediante un prolongado aprendizaje duro y penoso. Está por ver cómo superará esta prueba la generación y..... (Baumman Z. , 2010, pág. 312)”

La interrogante como respuesta, es la aportación de un Baumman que nos intenta decir que parece que no basta resolver el desarrollo y el bienestar, sino también el de la propia sobrevivencia, amenazas ambientales; desastres naturales; *excedentes* demográficos; altos niveles de pobreza mundial; poblaciones envejecidas; escasez de recursos naturales como el petróleo, gas y agua; altas concentraciones del ingreso global; alto nivel del pago de pensiones; desarrollo tecnológico; la crisis de los sistemas morales y políticos; son tan solo algunos de los temas de un futuro adelantado que todavía no forman parte de la agenda de México; porque los hacedores de política siguen enredados con la infinita madeja del presente eterno.

El reconocimiento de nuestros pasivos, lejos de ser un ejercicio inútil y masoquista, sigue siendo una condición necesaria para correr la cortina del presente y poder asomarnos al futuro que viene. La condescendencia de nuestras limitaciones políticas, jurídicas, económicas o sociales, no resulta útil para enfrentar el reto del porvenir; de igual modo que para enfrentar a los factores reales del poder que no les interesa que la realidad cambie; que son enemigos del futuro. Como señala Gray, citando a Ashbeny “Lo incurable no es nuestra ignorancia del futuro, sino nuestra incapacidad para comprender el presente” (John, 2006, pág. 27).

IV. Bibliografía

- Baumman, Z. (2010). *El tiempo apremia*. Barcelona: Arcadia.
_____ *Miedo Líquido*. Paidós.
- Carpizo MacGregor, J. (2011). *¿Se necesita una nueva constitución en México?, Algunas reflexiones y seis propuestas*. *Revista Mexicana de Derecho Constitucional* Núm. 24.enero-junio .
- Innerarity, D. (2009). *El futuro y sus enemigos*. Paidós.
- John, G. (2006). *Contra el progreso y otras ilusiones* . Barcelona : Paidós .
- Lipovetsky, G. (2008). *Los tiempos hipermodernos* . Anagrama.
- Parametria (2006).
- Latinobarómetro(2015).

- Paz, O. (2004). *El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta al laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, O. (1998). *Itinerario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salazar Ugarte, en Oropeza. (2012). *Dese la transición hasta la crisis: ¿En donde quedó la democracia?* en *México 2012: La responsabilidad del Porvenir*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Santi Enrico, M. (2009). *Luz espejeante: Octavio Paz entre la crítica (Selección y Prólogo)*. México: Era.
- Zabludovsky Gina en Elias Norberto. (2011). *El proceso de civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.